

Distintos carismas, un solo Espíritu en una misma Iglesia

El domingo pasado, al hilo de Pentecostés, celebrábamos también a la Iglesia, cuya alma es el Espíritu Santo. Y en el seno de la Iglesia, hay distintos estados de vida y distintos carismas, según el Espíritu los ha repartido.

En la fiesta de Pentecostés hemos recordado al Apostolado Seglar y a la Acción Católica. Se trata de una muchedumbre de laicos que están presentes hoy en el mundo a manera de fermento. El concilio Vaticano II ha estimulado la vocación seglar y ha potenciado el protagonismo de los laicos en los ámbitos que les corresponden. Son cada vez más los laicos, que, en lugar de lamentarse, se ponen a vivir su vocación seglar en la comunidad eclesial y en el mundo, haciéndose presentes en el campo de la familia y la vida, en el campo del trabajo y las relaciones laborales, en el campo de la cultura y en el campo de la vida pública.

Con una clara identidad cristiana, sin pedir prestado ideologías o formas de acción extrañas al evangelio, sino sacando de la vida interna de la Iglesia la luz y la fuerza para transformar este mundo desde dentro. «Vosotros sois la sal de la tierra... vosotros sois la luz de mundo» (Mt 5,13.14). Hay multitud de carismas que proliferan en parroquias, grupos, movimientos, comunidades, etc y agrupan a los laicos de manera asociada. En ellos vemos amanecer una nueva etapa para la Iglesia y para el mundo. Se trata de un nuevo Pentecostés, de una nueva primavera de la Iglesia. En ninguna etapa de su historia ha tenido la Iglesia tantos cristianos fieles laicos en acción. A pesar de las dificultades, hemos de reconocer los dones de Dios, para darle gracias.

Y en este domingo de la Santísima Trinidad, adoramos al Dios único en Trinidad de Personas, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, la comunidad de vida y de amor de la que arranca todo, y hacia la que todo se encamina. Coincidiendo con esta fiesta preciosa, se nos pone ante los ojos a las personas consagradas a Dios en la vida contemplativa: monjes y monjas, que viven en la soledad de su ermita o en el claustro del monasterio, religiosos y religiosas dedicados a la contemplación, a la intercesión, con una vida penitente y austera. Son grandes bienhechores de la humanidad, que se sienten solidarios de sus hermanos los

hombres y mujeres de nuestro tiempo, y que son como un pulmón para la sociedad de nuestros días.

«Los monasterios han de ser cada vez más oasis de vida ascética, donde se perciba la fascinación de la unión esponsal con Cristo y donde la opción por lo Absoluto de Dios esté envuelta en un clima constante de silencio y contemplación», señala el Papa Benedicto XVI. Ellos, los monjes y las monjas, nos recuerdan que Dios es el único absoluto de la vida del hombre. Ellos nos invitan a hacer de la oración la primera tarea de nuestra vida. Ellos y ellas nos acercan la unión esponsal con Cristo, a la que todos estamos llamados.

Las personas de vida contemplativa merecen nuestro apoyo, el de toda la comunidad cristiana. Al llegar este día, el de la Jornada pro Orantibus, nos damos cuenta del bien espiritual y social que supone un monasterio de clausura. Sepamos agradecerlo.

Con mi afecto y bendición:

+Monseñor Demetrio Fernández